

en su corta existencia sobre la Tierra, sin considerar cuánto había antes o cuál era su estado.

Por ejemplo, en la Patagonia, quienes se dedican a la cría de ganado ovino consideran al guanaco (camélido sudamericano, el pariente silvestre de la llama) un enemigo de las ovejas (competencia por el agua y el alimento). Cualquier poblador rural al que uno le pregunte acerca de la cantidad de guanacos va a responder que “hay muchos”, o que “cada vez son más”. Claro que esta persona desconoce que antes de la llegada del hombre blanco había 7.000.000, y hoy, entre Argentina y Chile, hay poco más de 600.000 individuos (CITES, 1994). Mientras siga observando guanacos, a sus ojos, seguirá existiendo un peligro para el ganado.

No se puede poner en duda que hay especies que son perjudiciales para la producción rural, pero ¿son todas culpables del mal del que se las acusa? ¿Algunas no serán víctimas de “cuestiones culturales”?

A continuación les cuento la experiencia que venimos desarrollando en una zona rural de la Patagonia y de la estrategia de Educación Ambiental que estamos aplicando con los pobladores.

Me voy a referir a la Unidad de Manejo Estancia San Lorenzo, que se encuentra ubicada casi en el extremo norte del Área Protegida Península Valdés, Patrimonio Natural de la Humanidad. Tiene una superficie de 5.134 hectáreas con 4.600 metros de costa sobre las aguas del Golfo San Matías.

La estancia (finca) se desarrolló en sus primeros años basándose en la explotación ganadera, la que más tarde, a mediados de 1918, sería complementada con la caza de lobos marinos. Al concluir esta última en 1960, el campo se destinó exclusivamente a la cría de ganado ovino. Dentro del predio de la Unidad de Manejo existe una colonia de reproducción del pingüino de Magallanes, con aproximadamente 200.000 ejemplares.

Si bien en toda la Península Valdés está prohibida la caza, es relativamente fácil detectar actos de furtivismo en el puesto de control si alguien quiere sacar un animal muerto del Área Protegida, pero es muy difícil impedir que los pobladores locales cacen en los campos, más aún cuando éstos viven a varios kilómetros de distancia uno del otro, y distribuidos en las 300.000 hectáreas de la península.

Junto a los Guardaparques del área protegida hicimos un análisis teniendo

en cuenta a los propios pobladores locales y a los de las estancias que limitan con nuestro predio. Si en algo coincidían todos los pobladores es que al momento de cazar sólo dejaban en pie a las ovejas. Había una justificación para dar muerte a cada animal. La mayoría de las razones que fundamentaban su accionar no podían ser comprobadas desde el punto de vista técnico. Tenían más que ver con una creencia, fantasía del poblador o “cuestión cultural”. Entonces empezamos a trabajar con esas justificaciones y nos encontramos que,

para determinado daño que sufrían las ovejas, cada poblador acusaba a una especie diferente de predador (zorro gris, gato montés, gato de pajonal) y más aún, destacaban la inocencia de las otras.

Opiniones tan dispares encontramos en pobladores separados por distancias de tan solo 10 Km.

Probamos distintas estrategias para persuadir a los pobladores de que no sigan cazando:

- Aspectos legales. Ni si quiera intentamos hablarles de lo que dice la ley respecto de la prohibición de caza ya que lo único que lograríamos es su desconfianza y apatía.

- Biodiversidad y banco genético fue muy difícil de explicar, si tenemos en cuenta que esta gente no ha tenido la posibilidad de terminar sus estudios primarios.

- Comprobación técnica. Utilizando cráneos de predadores mostramos que era imposible que los daños que manifestaban ovejas adultas podrían haber sido causados por animales silvestres, pero sí por plantas espinosas.

- Valor económico. Muchas especies tienen un valor monetario estando vivas. En algunos casos en forma directa como el guanaco, cuya lana obtenida con el animal vivo se vende a 170 dólares el kilo, o en forma indirecta como los peludos (armadillos) que dan un valor agregado al sitio que es frecuentado por turistas, que pagan para visitar ese lugar.

Las últimas dos estrategias fueron las que dieron mejor resultado y aún más la del valor monetario. De hecho llegamos a poner un precio por una tropilla de guanacos de una de las estancias y a decirle al poblador: “¿ve esos guanacos que caminan cerca del molino?, allí tiene 4.600 dólares al año. Si algún día se dedica a la esquila de guanacos, cuantos más haya en el campo, más dinero obtendrá”.

Claro está que los recursos deben ser conservados a pesar de su valor económico, estoy de acuerdo. Pero mientras tratamos de explicar esto a los pobladores de zonas rurales, la valoración económica es una estrategia efectiva para

detener la destrucción del patrimonio. Que las “cuestiones culturales” no justifiquen la degradación de los recursos.

Pero no se asusten, no creo que lleguemos algún día de tener que escuchar a un guía decir: “... y a vuestra derecha podemos observar 500 dólares en guanacos pastando y más adelante, sobre el camino, 50 dólares en zorro con sus crías de 25 dólares cada una...”.

Manías de un guía

Malena Lloret
Mallorca
malenalloret@yahoo.es

(Malena, socia de la AIP, trabaja como guía intérprete del Servei Municipal de Rutes Culturals Guiades de la Vila Joiosa (Alicante). Técnica diplomada en Empresas y Actividades Turísticas, desarrolla también trabajos de guía turística y de didáctica del patrimonio cultural en el Museo Municipal de la Vila Joiosa.)

Antes que nada, quiero agradecer a los editores por empujarme para incluir en el *Boletín* este artículo, así como a Antonio Espinosa por haberme abierto las puertas a la interpretación del patrimonio.

Puesto que ahora empezamos a trabajar con los turistas, es como si cambiara de tercio, porque llevo todo el invierno con los “coles”, estudiantes y asociaciones tipo amas de casa, y ahora cambio un poco el *chip* con los turistas con chancas. Si consigo que por unas horas no miren el reloj para irse a la playa, me daré por satisfecha. Pero lo que más ilusión me hace es cuando viene alguien del pueblo y a mitad de la ruta te dice con chispas en los ojos: “cuéntame más, cuéntame más, que no sabía yo que teníamos un pueblo tan tan... (interesante, auténtico, original, importante...). O cuando te comentan que ¡es la primera vez que pasan por ese lugar, en su vida! O cuando han vivido de pequeños en el casco antiguo y les dejó entonces a ellos que sean los que narren la información de primera mano, ¡me encanta!

Y los jóvenes te comentan que quieren irse a vivir allí, que no sabían que estaba tan bonito... mil cosas. Y mil trucos o como digo yo: **manías de un guía**. Estas son mis manías de guía:

Cuando estoy explicando algo que tengo que señalar hacia el cielo, por ejemplo, una gárgola. Me pongo siempre delante del grupo y sin interceder con lo que tienen que ver. Es decir:

1) **Es más importante lo que ven que la guía** (vamos, que no hay que ir de "protá"). Que te oigan mientras observan, que se fijen más en el monumento que en ti en ese momento.

Lo digo porque a veces he visto que el guía explica una cosa que el grupo tiene a sus espaldas, así que la gente mira lo que tiene detrás y luego se gira para escuchar al guía y vuelve a girarse y vuelve la vista al guía. Para mi gusto, francamente, queda mal ¿no creéis?

2) **La información y el monumento en la misma dirección**. Cuando explico algo a mi altura, normalmente, si acabamos de llegar, me pongo al lado del objeto y así la gente está enfrente de lo que observa y todo el mundo lo ve. En el caso de una inscripción funeraria que tengo que señalar lo hago así. Pero intento pasar desapercibida para que miren la inscripción y no a mí.

Por otro lado, cuando hago una introducción breve de la historia, es lógico que no tienen nada que mirar, así que a base de gesticular bastante e interpretar (esta sí que es de teatro), les intento transmitir cómo llegaron los berberiscos o cuándo bajaron los armeros para ayudarnos.

También, a medida que hago la ruta, cuando poco a poco los visitantes se van familiarizando con el recorrido, en lugar de ponerme delante me pongo a su lado, y *así somos un grupo de colegas*, más confidente, en el que uno te cuenta la leyenda mientras miramos juntos la imagen.

Todo esto, como sabéis, depende del tipo de grupo, claro. Si son muchos, tienes que ir pendiente de controlar el grupo, y si son pocos, de que no se deshaga. Porque cuando llevas una familia por un lado, unos amigos por otro y una mujer mayor del pueblo... lo más interesante es cuando logras hacer una piña con ellos.

Entonces es cuando la mujer del pueblo le cuenta al marido que ella jugaba allí de pequeña, mientras la esposa le hace una foto a los amigos y el niño le tira de la falda a uno de los amigos para decirle que allí arriba se ve otra gárgola.

3) Por eso, otra de mis manías de guía **es el café de las encuestas**. Le doy mucha importancia a que cuando se termine la visita nos tomemos un café juntos ¿por qué? Muy simple, primero porque me parecía muy violento cobrar en la calle los tickets de la ruta, y despedirme sin más.

Además, siempre les comento durante la ruta si quieren rellenar las encuestas mientras nos tomamos un café, de esta manera no les digo que es para cobrarles el dinero (es el punto que menos me gusta). Así me ahorro el decirles "tienen que pagar"... y son ellos los que me preguntan "qué se debe".

4) En ese momento aprovecho para **captarles para otra ruta**. Así he conseguido que grupos de gente que no se conocían entre sí, quedaran para realizar otra ruta porque lo habían pasado genial.

5) **Para que me traigan más gente**. El año pasado realicé las rutas con turistas de La Vila, suelen ser de turismo residencial. Gente que tiene casa aquí desde hace 30 años, y conseguí que los padres que habían venido la primera quincena se lo dijeran a los hijos que venían a la siguiente, o los tíos que se lo comentaran a la sobrina que venía al mes siguiente con unos amigos. Es decir, el **boca oreja** funcionó de maravilla.

Hubo hasta padres que repitieron con sus nietos. Y qué contar de los oriundos del pueblo, como una señora majísima que ha repetido hasta tres veces por traer a sus amigos.

Pero sigamos con el café post-ruta. Aunque parezca que la guía se lo monta muy bien tomándose un cafetito, también es para saber qué opinan sobre la ruta, así, en *calentito*, como digo yo, y aceptar las críticas "constructivas" y, sobre todo, saber qué quiere la gente.

Es decir, pienso que no sólo se debe ceñir el guía a realizar su ruta y volver a la oficina. También hay que oír, mejor dicho escuchar, qué quiere el turista o la gente del pueblo. No sólo en el ámbito de rutas culturales, y aprendes muchas cosas.

De forma que, una vez repartidas las encuestas y unos separadores preciosos, mientras nos tomamos un café, rellenan la encuesta y la depositan en una bolsa de la oficina de turismo. Porque yo no quiero ver ni interferir en lo que ponen y, sin embargo, ellos insisten en compartir su opinión. Incluso algunos quieren firmar la encuesta —que es anónima— para que quede constancia de su opinión. Sobre todo la gente del pueblo.

Es ahí cuando te pagan con mucho gusto y hasta te dejan propina. En este momento yo lo paso mal, porque me da apuro coger la propina, pero eso significa que están contentos, y como no la tome ¡menudo "pollo" me montan!

Mientras nos refrescamos comentan sobre la ruta y te preguntan detalles que no les han quedado claros, o te añaden información (muy valiosa por cierto). Incluso se disculpan por si te han preguntado mucho o te han cortado muchas veces.

Al final haces buenos amigos, te despiden para una nueva visita o para lo que les haga falta desde el museo. Es en ese momento cuando me pega el bajón, porque ya no puedo ni decir tres palabras bien sin que se me "lengüee la traba", y me vuelvo hacia el museo con las piernas temblando en ese momento, pero feliz por la mañana tan maja que hemos pasado.

Uso de Sistemas de Información Geográfica para un sendero de interpretación

(Parque Nacional El Palmar, Argentina)

Gloria Grinstein
Argentina
glogrin@yahoo.com.ar

(Gloria ha realizado este trabajo con mucha pasión y un buen conocimiento de causa. El fervor y el cariño con que diseñó el Sendero se reflejan, por ejemplo, en su afán de referirse a él en mayúsculas.)

Este proyecto fue posible gracias a la valiosa asistencia del personal del Parque Nacional El Palmar, técnicos del Instituto Geográfico Militar y la atenta mirada —desde el otro lado del océano— de un colega y amigo de la AIP.

El proyecto

El trabajo que expongo a continuación pretende ser un aporte a la interpretación del patrimonio desde la aplicación de una herramienta informática, los Sistemas de Información Geográfica (SIG o GIS, según sus siglas en castellano o inglés). Este programa permite administrar con gran precisión datos cartográficos. En este caso, se